

Juan José de Soiza Reilly

CRÓNICAS DE AMOR

DE BELLEZA Y DE SANGRE



BARCELONA

CASA EDITORIAL MAUCCI

Gran medalla de oro en las Exposiciones de Viena de 1903, Madrid 1907,
Budapest 1907 y gran premio en la de Buenos Aires 1910

MALLORCA, 166

Buenos Aires, Maucci Hermanos, Cuyo, 1059 al 1065

1911

LAS ALEGRÍAS DEL CONVENTILLO

(ESCENAS DE LA VIDA BONAERENSE)

Entremos... ¿Os repugna? Pues quedaos en la puerta. No veréis este bello espectáculo... ¿Bello? Sí. Es el más bello cuadro de la pobreza humilde que se divierte y goza en la obscuridad del conventillo... ¿Acaso suponéis que el alma de los pobres no sabe disfrutar el placer de la dicha? Es un error... Las almas son flores de todos los climas. Son flores que sufren, que se deleitan, que deliran, que sueñan en todos los ambientes... En estos inmensos caserones la felicidad penetra, tal vez, más á menudo, que en los grandes palacios. La gente se acostumbra de tal modo á vivir pobremente, que engorda en su miseria como si fuera rica. Además, aquí, en los conventillos, todos sienten un enorme desprecio por lo que no es riqueza conquistable... ¿Hacen bien? ¿Hacen mal? Yo creo que realizan una misión humana. Las estrellas, la luna y el sol siempre se admiran. Mas nunca se desean.

Entremos... La atmósfera del conventillo, impregnada de malos olores, oculta una nerviosa vida de bullicio, de placeres, de alegrías y de encantos. La misma vanidad, los mismos orgullos, las mismas pasiones que muerden á los millonarios, hacen palpar el ánimo de los menesterosos... El hombre es siempre igual. La miseria podrá, sin duda, influir sobre las exigencias de

su estómago. Pero nunca podrá modificar su corazón...

Ved, allí, aquella viejecita encantadora. Es carne marchitada. Vedla lavar. Lava ropas inmundas. Pero no la veréis hacer gestos de asco. ¿Para qué? ¡Lava ropas del hijo!... Miradla cómo se encorva sobre la pileta. Y mientras sus brazos vigorosos, llenos de fuerza, llenos de vejez, llenos de arrugas, llenos de entusiasmo,—mientras sus brazos luchan con la roña y mientras imprimen á los trapos sacudimientos de energía,—sus labios, sus pobres labios descoloridos que besaron ya tanto ¡tanto!, murmuran una canción jovial. ¿Piensa en su juventud? Vedla. Es feliz...



Contemplad, ahora, á ese viejo dichoso que juega con su nieta y con su gato. El anciano, que debiera estar triste, sonrío á la nenita deliciosa. Es feliz... También la niña siente en su fresca alma de flor, la inocente felicidad de los chingolos. Y hasta el gato, femenino y sensual como un perrito ó como una mujer, se deja acariciar, sintiéndose feliz...



Una escena de amor. Mirad á ese don Juan... ¡Cómo se quiebra, con el mate en la mano, junto á la hermosa y cálida chinita que lo mira con ojos que parecen puñales!... Son dos seres feli-

ces. A pesar del algibe que atenúa y divide el incendio de sus carnes vibrantes, el amor los une con su llama divina... En los labios sonrientes de la «peor es nada» (1), los besos se amontonan. Besos que el compadrito absorbe con miradas fogosas de tigre en el desierto... Y hay en la escena un fuego de pasión tan íntimo, tan rabioso, tan fuerte, que hasta el balde parece titubear en ir al fondo para no embriagarse en las aguas del pozo...

*
* *

El desayuno de los huérfanos es una escena de felicidad. De felicidad inocente, cándida y tan dulce que hace olvidar la ausencia de los padres... Los padres no están. Se han ido. ¿A dónde? Se han ido para siempre al cementerio, donde duermen lejos de los hijos. Y ved á esos niños que debieran llorar. En tanto que la hermanita mayor cose en la máquina, ellos se olvidan de que no tienen padre. Se olvidan de que no tienen brazos maternales. Ni protección. Ni amparo... Y, silenciosamente, glotonamente devoran las sopas del café con leche... En su ciega ignorancia, son felices. Están contentos en su horrible desdicha... Son pajaritos...

Es feliz, también, la mujer que cocina. Mientras el marido trabaja, ella confecciona el más invencible de todos los manjares: el puchero (2). El humo sabrosísimo de la carne cocida llévale á la nariz un olor exquisito. Y sonrío, contenta... Cuando el obrero llegue, se sentarán los dos en una mesa, sin mantel, sin servilletas, sin lujo, pero con mucho amor. ¡Pero con mucho amor!... Y han de comer felices. Felices porque podrán co-

(1) La «Peor es nada» es como se designa á la novia en caló bonaerense.

(2) El «puchido» americano.

mer. Pues ellos saben que hay otros seres más desamparados que no pueden comer todos los días...

* * *

Es también feliz la mujer hacendosa que se aproxima á la prisión del canario para darle su postre en pago del canto que la encanta... Detrás de los alambres se adivina el inquieto placer del rubio pajarito viendo llegar las hojas de lechuga... Brinca en la jaula y trina locamente...

* * *

Y, por fin, las tertulias en el inmenso patio. Son las ferias triunfales de los conventillos. Las costureritas ríen y sonríen en su loco apogeo. Gozan... En esta fiesta, el corazón de las mujeres triunfa. La risa pinta con esplendor de sol las caras toscas. En las bocas la risa suena como un campanilleo... Dos compadritos de melena acortada pulsan, con armonía, las guitarras campesinas. Los vecinos rodean á los músicos sabios que hacen bailar con notas musicales el alma romántica de las chinas coquetas. Y el corazón de las morochas tiembla bajo las batas de percal floreado, cual palomita que quisiera volar... Con voluptuosas ondulaciones femeninas brotan, luego, los tangos. Y el espíritu de todo el conventillo sufre la fiebre de la voluptuosidad. El amor pasa... Después... Las canciones de contrapunto, las vidalitas, los tristes; todo ese ruido de jolgorio, de vida, de carcajada convierte el caserón en una pajarera. Y la enorme casa de los pobres se transforma en un palacio de fantasía, de encanto, de

cuento, de milagro, de oriente... ¡No es muy triste ser pobre! La felicidad no se lleva en el bolsillo. Ni en la ropa. Ni el cerebro... Está en el alma. Por eso, ¡cuántos reyes darían su trono con tal de saborear, como el más tonto compadrito orillero, los deleites de esta reunión de conventillo! Y ¡cuántas reinas, bellas y suntuosas, darían su corona por gozar el volcánico temblor que siente la chinita cuando el novio,—un «táita» de la «quema»,—le regala un fresco ramo de claveles baratos!...

Buenos Aires, Mayo 1909.